

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *Aves y flores*, Carmen Nuñez Rodriguez.—II. *Charadas*, Rafael Morales del Valle.—III. *Rimas*, José Ruiz Toro.—IV. **, *Jorge de Viezman*.—V. *A...*, Rafael Quintana Medina.—VI. *Una cinta en tu garganta*, Guillermo Gonzalez Puga.—VII. *Flores y espinas*, Antonio M. Durán.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

AVES Y FLORES.

I.

Es un hermoso día.

Un sol magnífico ilumina con sus espléndidos rayos el cielo puro y trasparente y la tierra engalanada con el manto de flores, que se entrebren al soplo juvenil de primavera.

La naturaleza entera parece regocijarse. Está de fiesta.

Multitud de bulliciosas aves cruzan alegres el anchuroso espacio. Todas cantan.

Es el himno de la juventud, elevado á Aquel que esparce el hálito de la vida.

Por doquiera que nuestras miradas investiguen el horizonte, he aquí lo que se ofrece á nuestra vista: aves y flores.

Las unas brotan á nuestros piés embalsamando el aire que respiramos. cruzan las otras por encima de nuestras cabezas, embelesándonos con sus gorgeos. Extrangeras convidadas al festin de la naturaleza, vienen como alados músicos á desempeñar su parte en el concierto y partirán mañana en busca de nuevas alegrías.

¡Ah! las flores no son así.

Nacen á nuestros ojos, desenvolviéndose al soplo de Abril tibio y vivificante y las vemos también morir al rayo abrasador del sol de Agosto. Despues el cierzo de Octubre arrastra sus ojas secas y las hace chocar contra la tierra convirtiéndolas en polvo.

¿No es esto, un trasunto fiel de nuestra existencia?

¡Qué indefinible malestar oprime entonces al alma al contemplar la naturaleza devastada sin pájaros y sin flores!

Dirigimos una triste mirada al nido desierto de la golondrina ó á las desnudas ramas de los árboles y un suspiro se escapa de nuestro pecho. Entonces comprendemos que las amábamos.

¿Y cómo no amar las aves? ¿No son ellas unas compañeras fieles? ¿qué niño no ha amado tiernamente un pajarillo á quien él mismo alimentaba y no ha vertido lágrimas de dolor á su muerte, cual si llorara la pérdida de su más querido amigo?

Ellas parecen atraer la dicha al revolar en torno de nuestra morada, cantando sus amores.

Al llegar de remotas playas, en las que tal vez habita alguna prenda de nuestro cariño, con cuanto afán nuestros ojos, les preguntan por los amados séres.

Ellas tal vez se han posado sobre las hojas de la palmera á cuya sombra descansaban, ó en la techumbre de la tienda que los defendía de los ardores del sol. Acaso han presenciado sus dolores y escuchado los suspiros que exhalaban al recordar su pátria.

¿Quién sabe si el pobre desterrado las ha seguido desde la opuesta orilla, contemplando con los ojos arrasados en lágrimas, la inmensidad de las olas que no puede cruzar con su rápido vuelo?

Al llegar saludan gozosas el hogar hospitalario, en que quizá hallan el nido de la primavera anterior, y despues cantan y cantan interminablemente. ¿Nos dan acaso en su idioma desconcido, las apetecidas nuevas? ¿nos cuentan la historia de su peregrinacion?

Tal vez narran el naufragio de sus compañe-

ras, en medio de las soledades del Oceano; sus aventuras en alguna isla desierta, ó sus amores bajo el cielo de su patria y la crueldad de algunos hombres que dieron muerte á sus hijuelos.

Ellas, como los huéspedes de los poemas de Homero, nos regalan sus armonías en cambio de nuestra hospitalidad: nosotros no entendemos su language; pero nos sentimos conmovidos á su acento.

II.

¿Y las flores? ¿quién no ama esos delicados seres, que nacen hermosos y brillantes, como las ilusiones del corazón, y consagran su existencia de un día á nuestro encanto?

El hombre ama las flores cuando niño: despues las desprecia por parecerle harto humildes para ocuparse de ellas; y sin embargo corre tras de quimeras más vanas y deleznable, que las flores muchas veces. Ha habido á pesar de eso, muchos hombres de génio que las han amado con pasión; y los poetas más distinguidos las han dedicado sus más bellas inspiraciones.

La mujer las ama siempre: de jóven halla en ellas su solaz, gusta adornar su cabeza con flores, que prefiere acaso á las más ricas joyas y gusta estar siempre acompañada de ellas, como de unas tiernas amigas: ya anciana le traen quizá gratos recuerdos; por que en la historia de la mujer, siempre figuran las flores.

Peró ellas tienen sin duda una misión más alta del Creador, que halagar nuestra vista con sus colores y deleitarnos con su aroma: con ellas está relacionada de tal modo nuestra existencia, que acaso no hay un acto de nuestra vida en que no tomen parte, ni un solo afecto del corazón que no simbolizen.

Flores enviamos á un amigo para felicitarte y flores llevamos también á los sepulcros en muestras de dolor.

Con flores se teje la corona del heroísmo y del génio, porque ellas están destinadas á solemnizar todos los triunfos.

Una persona ausente, puede hablar con otra solo con enviarle una flor; esta flor puede ser un *pensamiento*, y le dice que su recuerdo vive siempre en su corazón.

Una corona de azahar ciñe las sienes de la desposada. Una guirnalda de siemprevivas colocada sobre una tumba, indica que jamás será olvidada la memoria del ser que allí descansa.

Cuando nuestra piedad, ó acaso la voz imperiosa de nuestras necesidades, nos conduce al pié de las aras del Eterno, flores son también lo que llevamos muchas veces en ofrenda: si nuestros votos se han cumplido, si la felicidad nos sonríe, llevamos gala, espléndidos tulipanes y olorosos claveles: si por el contrario somos desgraciados, vamos á buscar los lirios solitarios, na-

cidos entre las rocas y vestidos con su triste color de luto.

La azucena está consagrada á la Reina de los ángeles, tan pura y cándida como ella, y en sus cánticos la iglesia la llama Rosa de los jardines del cielo.

Todos nuestros afectos, nuestras virtudes, nuestros dolores y nuestras alegrías, los simbolizan las flores. La tímida violeta significa la humildad, la pasionaria la fé, el girasol la firmeza... Infinita es la variedad de su language, como ellas son infinitas.

Hay flores á las que vá unida alguna ignorada tradición que aumenta su encanto. Tales son el Amor encontrado, amor perfecto y la dama de noche: otras traen á nuestra memoria un recuerdo conmovedor, como las vellosillas ó *no me olvides* y el trévol de Judea, cuya original tradición, nos ha descrito también un distinguido novelista.

¿Y quién podrá negar la semejanza de la sensitiva con esos corazones delicados, dotados de una susceptibilidad tan esquisita, que son sensibles á la más leve impresión? Hay también una flor llamada lágrimas: su pequeño cáliz blanco, manchado de negro, se inclina hácia la tierra: parece la inocencia perdida ó el arrepentimiento. Finalmente, entre la inmensa variedad de especies, es de notar que las flores más hermosas, como la dalia, la hortencia y la camelia, carecen de aroma; mientras que como una compensación, las menos bellas como el jazmin y la violeta, son estimadas por su delicada fragancia

III.

Bajo el ardiente sol de los trópicos, lo mismo que en los climas de las zonas templadas, siempre tenemos aves y flores que nos regalen perfumes y armonías: es el más delicado presente de la Providencia, que, no contenta con subvenir á nuestras menores necesidades, previene también nuestros placeres.

En las regiones tropicales, es donde la naturaleza despliega toda la riqueza de sus galas. Allí las flores se ostentan magníficas y exhalan perfumes más penetrantes: allí hay guirnaldas suspendidas sobre rios sin nombre y colgadas á lo largo de interminables riveras, y aves de ostentoso plumaje teñido de colores vivísimos, cuyos acentos se pierden en los desiertos bosques. Es el gran templo donde la naturaleza solitaria adora á su Criador.

Sin embargo, en nuestro país es muy hermosa. Magnífico es el concierto de las aves de nuestros bosque en una mañana de primavera. Allí hay tonos que espresan todos los sentimientos: notas altas y precipitadas para el placer: monótonas y cadenciosas como una melodía tristisi-

ma: unas las forman el alegre canto del mirlo, otras el arrullo de la paloma ó el gemido de la tórtola viuda.

Si en el silencio, por último, de una noche embalsamada con la fragancia de las lilas, alza su voz la filomela que dá al viento las divinas armonías de su canto, ¿qué corazón no se siente conmovido?

Cuántas veces al seguir con la mirada el rápido vuelo de un ave de paso que cruza ráuda nuestro horizonte, no meditamos sobre la inmensidad de esos mundos que la viagera de los aires vá á contemplar. ¿Quién al ver ante sus ojos subir el águila audaz hácia ese cielo, objeto de nuestros deseos y de nuestras esperanzas, no eleva también su pensamiento á Dios, que le ha concedido la inteligencia para poder remontarse con ella, tan alto como el águila y abarcar con la idea los remotos horizontes?

¿No habeis contemplado nunca unas abandonadas ruinas, que la mano del tiempo ha revestido de musgo salpicado de frescas florecillas, ni habeis ido á orar sobre un sepulcro en que la naturaleza ha derramado flores también? Imposible espresar los pensamientos sugeridos del extraño contraste que hacen las flores en estas dos especies de ruinas. ¿Por qué inconcebible capricho de la naturaleza, orna con verdes festones los derruidos arcos y las piedras negruzcas y amarillentas que hablan de muerte y desolación? ¿es acaso un sarcasmo vestir de flores llenas de vida y gala, la tierra que oculta los miserables restos de la muerte? ¿tan indiferente, tan insensible se muestra la naturaleza á nuestros sufrimientos, que prodiga sus sonrisas en medio de la devastación? ¡Oh, nó! esas flores esparcidas sobre las tumbas, ese manto de verdura que envuelve las ruinas y los sepulcros, son por el contrario, un mentís á la muerte, una esperanza cierta, una promesa sublime de la inmortalidad.

IV.

Las aves y las flores, son por lo tanto, una necesidad de nuestra existencia.

En las primeras edades del mundo, no obedecían los hombres á otras leyes: ellas les servían de relojes, de barómetros y de seguros anuncios del porvenir. La florecencia de las plantas ó la llegada y partida de las aves, ponía en conmoción una nación entera, que comenzaba sus tareas agrícolas, hacia sus provisiones, ó preparaba sus viajes segun las predicciones de estos astrónomos infalibles. De aquí nació el arte de la adivinación en algunos pueblos.

Entre los antiguos, las flores gozaban de tal favor, que se coronaban de ellas los triunfadores, los sacerdotes de los ídolos y los romanos más nobles, para asistir á sus banquetes. La Ho-

landa, en tiempos posteriores, instituyó fiestas en honor de las flores también.

Aun en las edades modernas, ha habido hombre que han tenido por un próspero anuncio la vista de tal ó cual ave, mientras la aparición de otra, un cuervo por ejemplo, ha sido para ellos de funesto presagio. Los poetas han sacado gran partido de esta fé misteriosa del corazón.

En cuanto á las flores, los mismos poetas las han hallado tan puras y tan hermosas y las han amado tanto, que sus pensamientos más delicados, sus ideas más abstractas y sublimes, las han espresado por medio de su emblemático lenguaje. Han hecho, pues, abrir las flores del alma, nacer y marchitarse las de las ilusiones, y crecer esparciendo su purísima fragancia, las de la inocencia, la virtud y la esperanza.

V.

Exhalar su perfume como un eterno pebete elevado de la tierra al cielo, inspirarnos ideas de alegría y de consolación, he aquí la misión de las flores y las aves.

Las unas nos muestran el cielo con sus rectos cálices, las otras nos señalan por los aires el camino que un día recorrerán nuestras almas en busca de las moradas eternas.

A la aurora lo mismo que al morir el día; en esa hora solemne en que el astro rey desaparece en Occidente con su manto de púrpura y su corona de luz, es cuando exhalan las flores sus perfumes más penetrantes y las aves sus cantos más sentidos. Unamos también nuestros acentos al himno universal levantado al Hacedor Supremo.

CÁRMEN NUÑEZ RODRIGUEZ.

CHARADAS.

No vamos á ocuparnos de dar una definición de esta palabra, ni mucho menos á decir quien la inventó, cuándo, ni cómo; todos saben lo que dicho vocablo significa, y pocos habrá que con un periódico en la mano, almanaque, ó cualquiera otra publicación análoga, no hayan pasado el rato, viendo la manera de descifrar una charada. Nuestro ánimo es solo proporcionar á los aficionados á esta clase de entretenimientos, infinito número de ellos, sin que tengan que recurrir á la lectura; para lo cual, solo basta fijar la atención en los variadísimos cuadros que nos presenta la vida.

¿La vida?... dirán con extrañeza nuestros lectores.

—Si señor; la vida. Ella que de por sí es la charada magna, que á tantas y tan respetables molleras ha dejado, deja y dejará sin un pelo para un remedio, siguiendo no obstante indescifrable, ofrece en sí otras muchas y variadas que pueden descifrarse, más ó menos fácilmente, segun sean ellas, y entre las que, las hay tan curiosas y bien puestas, que

atraen la atención, y hasta el mas topo las acierta. Y si nó, ahí ván, como ejemplos, unas cuantas charadas de esta clase, que he tenido la curiosidad de recojer estos últimos días:

Doña Nemesia Fuente-Caliente es mujer de don Cornelio Lila; Doña Nemesia tiene treinta y cinco años, buenos ojos, se conserva, y sonríe a todos de manera tan insinuante, que... casi... casi deja adivinar parte de la charada. Don Cornelio tiene ochenta años! se le cae la baba, y derrama siempre la mitad de su correspondiente vaso de café, antes de lograr llevárselo á la boca.—Charada.—¿A qué vá doña Nemesia tan compuesta, al café de Eslava todas las noches?

¿Qué tal, queridos lectores? Ya veis esta charadita es bien clara, es de las que, con la primera combinacion, se adivina el todo.

Arturito Previsor es un jóven de veinte y ocho años, hijo de una familia distinguida que ha venido á menos; Teresita Bodorres, es una chica ni buena, ni mala, fea como ella sola, pero con dos millones de dote. Arturito Previsor hace el amor de una manera desesperada á Teresita; lanza miradas de petróleo inflamado; es satélite perpétuo de Teresita; elogiador constante de su mérito; en fin, todo lo que constituye el estado que se designa con la frase «hacer el oso» hace Arturito á Teresita.—Charada.—¿Por qué hace el amor Arturito á la jóven Teresita, de una manera tan desesperada?

Sensitiva Delicado es una hermosa jóven de veinte años, rubia, alta, delgada, con unos ojos decididos, y de un azul pero como el del cielo; Sensitiva es muy sensible; y tan nerviosa, que á cualquier emocion le acometen las más fuertes convulsiones; digo, esto dice ella, por mas que asegure cierta amiguita suya, que las tales convulsiones son fugidas. Don Simplicio Bobadilla es lo que se llama un buen hombre; tiene cuarenta años, y cuarenta mil duros de capital; su físico no es del todo malo; y sus condiciones, las mas apreciadas para constituir un buen marido. Don Simplicio frecuenta asiduamente la casa de Sensitiva.—Charada.—¿Por qué á Sensitiva le acometen los nervios, dándole convulsiones, terribles, siempre que se encuentra á solas con don Simplicio?

Ya ven Vds. que pudiera ponerles cuantas charadas quisiera, todas por este estilo, estremadamente fáciles, con solo fijar la atención en el café, en la calle, en el paseo, en la casa del vecino, en cualquier parte; mas como quiera que lo fácil bastía, pronto no encontrarán los aficionados diversion en estas charadas; entonces recurriremos al grupo de las difíciles, que ya hemos dicho son muchas y varias las que nos presenta la vida.

Difíciles: D. Canuto Pretensiones, gasta, triunfa y derrocha con largueza; sin que nadie le conozca capital, ni intereses algunos.—¿En dónde escauba don Canuto?

Doña Rosa Pundonor dice que es viuda de un brigadier; vive sola con su hija, muchacha guapísima, de diez y ocho años de edad. Mi amigo Pepe, suele visitarlas con frecuencia; y sin embargo de que dichas señoras viven solas, mi amigo ha visto sobre una silla, varias veces, una *gabina!*—¿De quién es

aquella gabina?

Y por último; á más de la misma vida, hay en ella otras muchas cosas, que tambien son charadas indescifrables; como verbi-gra, la naturaleza de algunas viandas, á las que mi pupilera llama, pomposamente, un principio.

Y no sólo hallareis en la sociedad charadas, sino todo cuanto pueda desear el más incansable buscador de X X.; logografos, saltos de grillos, de caballo; en fin todo lo que el ingenio ha inventado para entretener el ocio de los desocupados, ó para que sirva de solaz al hombre trabajador en sus ratos de descanso, os lo presenta ella. Y nó, allá vá un ejemplo de lo último:

Doña Petra Provecho y D. Nicomedes Exerecundia hace seis años que se juraron, al pié de los altares, amor y fidelidad. ¡Seis años llevan de casados! Doña Petra, aparte de su buena presencia, y de su fisonomía un tanto más que pasable, no posee nada. D. Nicomedes, su marido, solo cuenta con un empleo de seis mil reales; sin embargo, poco menos le cuesta el piso que habita, y el gasto diario de su casa excede en mucho á su pequeño salario. Doña Petra primera casilla, casilla negra; de igual color, y no mas negra porque en dicho juego no la hay, la de D. Nicomedes, que es casilla última; y claro está que para pasar de una negra, á otra negra, habremos de haberlo hecho antes á una blanca, resulta en la dicha casilla blanca ¡muy blanca! el propietario del piso, viejo verde, y para quien Doña Petra no es un grano de anís.

Y basta de molestar la atención á aquellos pacientes lectores que hayan llegado hasta aquí leyendo esos insulsos renglones; puesto que nuestra intención ha sido sólo procurar ancho campo á los aficionados á las charadas, y creemos que ya lo hemos hecho, aunque torpemente, con nuestras indicaciones y ejemplos. No queremos ser pesados, ni molestos, insistiendo en cosas por demás sencillas; así, no hacemos mención de multitud de acertijos y enigmas de pequeña valía, porque su estremada facilidad en ser acertados, no los hace acreedores á que de ellos pongamos ejemplos; pudiendo decir que son enigmas mas claros, que algunas verdades oscuras; me refiero á esos sencillísimos acertijos que nos ofrece la sociedad, en los cuales vemos sobrinas que no tienen con su tío mas parentesco, que el de Adán; suegras que aseguran quieren mas á su yerno que á su hija, y yernos que aparentan creerlo. Y otra infinidad de inocentes mentiras, y variadísimos quid-pro-quos, que adoptan la forma menos complicada del enigma, ó sea la del sencillo acertijo.

Y adios, lector; que el cabo de vela, que debo á la munificencia de mi pupilera, está al concluir; y por otra parte, ya creo conseguido mi propósito, tanto

Que si hay alguien tan sufrido,

Que hasta el fin me haya seguido,

despues de otras varias cosas como se le ocurrirá, prorrumpirá en estrepitosa carcajada, pasada la cual dirá:—Que majadero es el autor del tal artículo; me abre camino á las charadas sociales, y no vé, que su artículo no es mas que una charada muy clarita, cuyo todo es—muy mal...—pero, lector, ten en cuenta que si esto dices, que no dirás men-

tira, resulta ya que te has aprovechado de mi artificio; que es lo único que quiero, pues que, lo de malo, muy malo, es la prueba mas fiel, de que ya sabes acertar estas charadas.

RAFAEL MORALES DEL VALLE.

POESÍA.

RIMAS.

La otra noche soñaba, vida mía,
Encantadora Blanca,
Que entre mis manos tu flexible talle,
Venturoso estrechaba.

Veiate en mis sueños cual purísima,
Cual misteriosa hada,
Envuelta entre los pliegues vaporosos
De trasparente gasa.

Estampar en tu frente un puro beso
De amor, quiso mi alma;
Mas desperte por mi desdicha entonces,
Besando la almohada.

JOSÉ RUIZ TORO.

Borróse de la noche el negro manto
dejando en triste soledad mi pecho,
pero nunca del alma, vida mía,
se borrará el recuerdo.

Podrán hundirse gigantescas torres,
perderse el sol, d'olvidarse el mundo;
podré morir, pero en mi alma, siempre
vivirás, te lo juro.

JORGE DE VIEZMEN.

A....

Una hora en mi vida
Tuve tan solo de ventura y calma,
Instante de icioso
Que eternamente vivirá en mi alma.
¿Sabes cual fue, bien mio?
Aquella dulce noche en que la marca
De un beso de tus labios,
Por tu esclavo ¡feliz! me señalara.

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

UNA CINTA EN TU GARGANTA.

Tu garganta torneada,
que es jazmin en su blancura,
vi que llevabas ornada
de rica cinta encarnada,
puesta con gran donosura.

Y era un contraste tan bello
el del alegre color
con la nieve de tu cuello,
que, á no ser tanto mi amor,
naciera de ver aquello.

¡Ay! si á mis manos viniera
la cinta aquella que vi,
una señal de ella hiciera,
que estuviera junto á mí
en cuantos libros leyera.

¡Y qué bella parecías
llevando la cinta aquella!
mirándola se diría
que á muchas flores unia
en ramo cinta tan bella.

Que son flores las facciones
de tu faz de arcángel puro;
más hermosas que ilusiones,
que admirarán de seguro
las angélicas legiones.

GUILLERMO GONZALEZ PUYA.

FLORES Y ESPINAS.

Hoy siembra la ilusión de bellas flores
La senda de tu vida,

Y mañana tal vez el desengaño
La cubrirá de espinas.

Hoy tiende sobre ti sus puras alas
El ángel de la dicha,

Y tu alma tal vez, pronto no sienta
Sino terribles cuitas.

Hoy te ofrece el amor su dulce encanto,
Sus mágicas delicias,

Y de esperanza, de ventura henchido
Tu corazón palpita.

Quizá pasando el tiempo, solo haya
Indiferencia fría,

En tu virgíneo pecho, quizá muera
La fe que te ilumina.

Es tan triste y faláz la suerte humana,
Que en un instante, niña,

Se truecan en dolor nuestros placeres,
Las lágrimas en risas.

Con vacilante, con incierto paso
La senda de la vida

El hombre sigue, sin saber do existen
Flores y espinas.

ANTONIO MORALES DURÁN.

En el próximo número, daremos principio á la publicacion de la interesante leyenda histórica *El castillo del rio chico*, original de nuestro apreciable amigo y colaborador de esta revista, el Excmo. é Illmo. Sr. D. José de Vargas-Machuca.

TIPOGRAFÍA DE ÁNGEL CUADRADO,
Plaza Mayor, 20.

ANUNCIOS.

YA NO SE COSE Á MANO.

MAQUINAS GARANTIZADAS.

NUNCA SE DESARREGLAN.



UN TRIUNFO MAS.

LA COMPAÑIA FABRIL «SINGER» HA OBTENIDO EN LA EXPOSICION DE PARÍS LA MEDALLA DE ORO POR LA SUPERIORIDAD DE SUS MAQUINAS.

Venta á plazos desde 10 REALES SEMANALES, y al contado de 450 en adelante.

Para catálogos ilustrados con lista de precios, dirigirse al representante en esta poblacion,

PLAZA MAYOR, NÚM. 16.

TALIS VITA. FINIS ITA.

NOVELA ORIGINAL

DE D. DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

El mayor y más completo elogio que de esta interesante obra podemos hacer, es decir que sin embargo de haberse publicado recientemente y en una poblacion que se halla muy lejos de los grandes focos de vida literaria, ha merecido ya el honor de ser traducida y publicada en el extranjero.

Véndese en esta libreria al precio de 2 pesetas ejemplar.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 12 de Noviembre.-

Trigo candeal, de 43 á 45 rs. fanega.—Idem barbilla, de 40 á 42 id.—Centeno, de 29 á 31 id.—Cebada, de 28 á 30 id.—Algarrobas, de 22 á 24 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 3 á 4 rs.

arroba.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.ª á 18 rs. arroba.—De 2.ª á 17 id.—De 3.ª á 16 id.—De 4.ª á 10 id.—Menudillo á 7 id.

ALMANAQUES AMERICANOS

PARA 1879.

Acaba de recibirse en esta libreria un magnífico surtido de almanaques de pared, que contienen al dorso de cada hoja charadas, epigramas, anécdotas, acertijos, etc., etc. Tambien se hallan á la venta ejemplares de los acreditados almanaques «de la Alegría,» «de los Chistes,» «del tio Carcoma» y de las novelas «La Hija mártir,» «El rey de los ladrones,» «Aventuras de tres mujeres,» «El rigor de las desdichas,» «Los pordioseros de frac» publicadas recientemente por la casa editorial de D. Jesus Graciá.

¡¡¡QUE GANGA!!!

Para que no pueda competir ningun otro establecimiento con el depósito de

MAQUINAS PARA COSER que hay en Ciudad-Rodrigo, calle de Talavera, núm. 1.º, de acuerdo con las fábricas, ofrece el representante los precios siguientes:

Primitiva «Singer» de mano.	450 rs.
«Singer» de pié.	585 rs.
La misma perfeccionada.	740 rs.
La «Victoria» de mano.	440 rs.
«Canalense» idem.	320 rs.

Para familias de pié, de id. para sastres y sombrereros, giratorias para zapateros y guarnicioneros.

Se dan á plazos, se garantizan y dan otras si los dueños no están conformes con las que compran.

ARTE DE COCINA.

Magnífico y excelente tratado culinario escrito por D. Juan de Mata, cocinero en jefe y propietario del Gran Hotel de Malta en Lisboa, precedido de un prólogo de D. Alberto Pimentel y traducido al español por D. José Araujo. Forma un tomo de más de cuatrocientas páginas ilustradas con grabados intercalados en el texto. Se vende en esta libreria al precio de doce reales cada ejemplar.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

y vió que don Juan limpiaba el suyo, humeante de sangre, mientras Rivera espiraba tendido sobre la alfombra.

XIII.

Antes que el estoque de Acebedo le liciera morder el polvo, Salvator Rosa había reconocido en el raptor de María, al príncipe don Juan.

La casualidad hizo que Páolo pasara por la calle, antes que Patiño y Monroy volvieran para arrojar al mar al que suponían cadáver; acercóse á él y notando que aun palpitaba su corazón, que aun le restaba un soplo de vida, cargó con él y se lo llevó á su casa.

Al borde del sepulcro Salvator, revelósele todo á su antiguo maestro. Tres días estuvo entre la vida y la muerte, pero su enérgica naturaleza salió al fin vencedora en aquella lucha suprema.

¡Cuál no sería su sorpresa, al ver undia á la cabecera de su fementido canastro, á la hermosísima María-Rosa! La pobre niña, vestida de luto, bañaba en lágrimas sus manos calenturientas todavía.

—¿Eres tu, angel mio?—exclamó delirante de alegría,— ¡bendito sea Dios, que me devuelve la vida y la felicidad á un mismo tiempo!—pero reparando luego en el negro trage de su amada, le preguntó receloso é inquieto.—¿Qué significa eso?... ¿y tu padre? ¿dónde está?

—En el cielo, Salvator,—contestó la niña levantando los ojos.

—¡Ah! le ha asesinado él, ¡por San Genaro! pero entonces tú... ¿has burlado su vigilancia? ¿te ha ofendido acaso?—y al hacer tal pregunta, la voz de Salvator adquirió un timbre lúgubre.

—No, amigo mio, no; me ha respetado y ayer me puso en libertad, pero ha matado mi dicha, porque ya no puedo ser tu esposa.

—¿Qué es lo que dices, María?—balbuceó el herido haciendo un esfuerzo para incorporarse sobre su lecho.

—He prometido á la Virgen, dedicarme á su servicio si salía pura de manos del príncipe. Me lo ha concedido y mañana mismo me separaré del mundo para siempre.

En vano suplicó, mandó y amenazó Salvator para disuadir á María de su propósito.

—No, Salvator,—le contestó ella,—la mujer que ha pasado una noche entera en casa de un hombre que la ama, ya no puede aceptar el nombre de otro. ¿Por real qué sea su pureza, no habrá quien dude de ella?

XIV.

El pueblo de Nápoles sorprendido con la repentina muerte de Rivera, sorprendióse mucho más al saber que profesaba María-Rosa.

Leonor Cortesse y sus otras dos hijas, vestidas de luto, asistieron á aquella triste ceremonia; pero no eran ellas solas las que devoraban con los ojos á la desposada de Cristo. Cuando el hierro de las tigas cortó, con áspero chirrido, la abundante madeja de sus dorados cabellos, otros dos personajes lanzaron un suspiro y derramaron una lágrima.

El uno sentía remordimientos, el otro dolor. Eran don Juan de Austria y Salvator Rosa.

FIN.

zañas se reducen á vender á los que os honran con su amistad, á forzar mujeres y á asesinar por la espalda?

—Idos, Rivera, idos ¡por Santiago! que me asombro de que hayais dicho lo que habeis dicho y vivais todavía.

—No me iré, sin que me deis una satisfaccion con la espada en la mano.

—¡Batirme con vos! ¡delirais? ¡no comprendéis la distancia que nos separa?

—Don Juan de Austria,—dijo Rivera con voz solemne,—sois un cobarde, villano, y mal nacido. La sangre que de Felipe IV corre por vuestras venas, se ha corrompido al mezclarse con la de la *Calderona*; ¡bastardo al fin, hijo de una comedianta!

Esta vez el insulto era tan sangriento, que don Juan lo olvidó todo y tiró de la espada.

—¡Vive Cristo!—gritó,—¡mi madre! ¡habeis osado nombrar á mi madre!

—Así os quería yo,—contestó Rivera [desnudando también el acero,—¡matadme ó moris!

Pero don Juan comprendió que se había dejado llevar de la cólera y arrojó su espada diciendo:

—Por última vez, marchaos y dad gracias á Dios de que salís vivo de aquí. Yo no he robado á vuestra hija.

—¡Conque no basta deciros que vuestra madre era una buscóna?—barbotó Rivera,—¿cón que no os atreveis á reñir ni aun por un insulto, que el lacayo más ruin, el rufian más cobarde venga con sangre? Pues bien, ¡emplearé el último medio que me habeis aconsejado!

Y levantando la mano izquierda, descargó una terrible bofetada sobre la mejilla de don Juan.

A aquel ultraje inconcebible, hirvió en el pecho del príncipe, la sangre de Carlos V.

—¡No puede vivir el que puede contar que me ha herido en el rostro!—exclamó, lanzándose sobre Rivera espada en mano.

Al chis-chas de los aceros, acudió Acebedo despavorido,